
PARA UN ESCEPTICISMO CONSTRUCTIVO

ANDRÉS L. JAUME

I. ESCEPTICISMO Y *DOCTA IGNORANCIA* EN TIEMPOS DE PANDEMIA

El escepticismo, a grandes rasgos, la tesis que sostiene que el conocimiento es imposible, ha sido la bestia negra de la Modernidad a partir de Descartes. Subrayar la imposibilidad de la razón humana para dar caza a la verdad no es algo que gustara al filósofo francés ni algo que sea del agrado de muchos. Cazar la verdad es una vieja aspiración desde la filosofía de Platón que invita a trascender las apariencias para ver las cosas tal como son. Su aspecto más sobresaliente no es la negativa a dar con la presa, pues si así fuera, el escéptico se convertiría en su antagonista, el dogmático que se caracteriza a su juicio por ser un ignorante inconsciente y que se presta a asertos sin rubor de la más mínima duda. El escéptico prefiere la ignorancia consciente, la *docta ignorancia* de la que hace gala Sócrates, el más sabio de los hombres, y que recuperará Nicolás de Cusa (1401-1464) en su ideal de *docta ignorancia*.

El escepticismo no fue sólo una escuela filosófica de la Antigüedad que se reclamara heredera de la actitud socrática, sino que tuvo sus seguidores en la Modernidad con Erasmo, Montaigne, Charrón, Agripa de Nettesheim, Francisco Sánchez o La Mothe Vayer. El escepticismo, archienemigo de la certeza cartesiana es, paradójicamente, un recuerdo de nuestra humana condición, una terapia contra toda la soberbia del ignorante inconsciente. El término ‘escéptico’ viene del verbo griego *skeptomai* que suele traducirse como “mirar con cuidado”, es decir, tratar con la realidad —porque a fin de cuentas en eso consiste el conocimiento— como quien trata con una fiera salvaje que en cualquier caso puede darnos un zarpazo letal. El escéptico así abre la puerta a la actitud investigadora que, lejos de cazar la presa de una vez por todas, prefiere domesticar a la fiera, hacerla suya aun a riesgo del consabido zarpazo que esconde el gato doméstico en el que la ha intentado convertir.

La mirada escéptica es mirada humilde y respetuosa, abierta a la incertidumbre de la realidad pero no vendida a la misma. La actitud del escép-

tico es lo que en la Ilustración devendrá pensamiento crítico, pensamiento que discierne e inquiere, aún más, lo más importante, pensamiento que se sabe ignorante y que por lo tanto se revisa constantemente. ¿Acaso no es esa la perspectiva científica? El saber científico quizás haya instado a determinados individuos a pensar que todo ya estaba dicho, que con la ciencia habían cazado la verdad y tenían la presa en sus laboratorios; también ha conllevado una falsa sensación de seguridad que, por otra parte, parece ser el objetivo último de toda empresa epistémica: ofrecer seguridad frente a las embestidas del azar y la diosa Fortuna. Esta es la conversión de la actividad científica en ideología, en falsa conciencia o, lo que es lo mismo, es una forma de dogmatismo que embriaga haciéndonos olvidar que vérselas con la realidad es tratar con fieras salvajes.

La pandemia ha puesto las cosas en su sitio. No son nuevas las plagas y pestes, pues siempre hemos vivido a su acecho. De vez en cuando reaparecen y nos recuerdan a un elevado precio que no somos dueños y poseedores del mundo, sino que vivimos de prestado en él. La realidad, cuando no es tratada con justicia, cuando es ignorada su magnitud y relevancia castiga duramente, y lo ha hecho una vez más. La injusticia no ha sido hacer caso omiso a profetas casi diabólicos, sino el ensimismamiento y la arrogancia de una falsa seguridad crecida al abrigo de un saber inexistente que nos encandilaba con la promesa de ser una saber ya definitivo. Frente a la falsa seguridad de los césares del mundo que insistían en que el culto al ídolo del dinero no debía cesar, frente a esos mismos que daban una falsa sensación de seguridad al confiar en que nuestra ciencia era omnipotente y nada malo podía ocurrirnos, reaparece ahora de nuevo la conciencia del límite.

La actitud escéptica, lejos de apartarnos del camino del conocimiento, nos invita a mirar con cuidado, a darnos cuenta de que no sabíamos tanto como pensábamos saber y que es mucho lo que ignoramos. De la nueva fiera con la que bregamos no sabemos si el calor estival la dejará más sosegada, si ponernos una mascarilla es eficaz o si una vacuna es posible. No sabemos, y sólo podemos seguir inquiriendo con sumo cuidado manteniendo presente que la única verdad es la fragilidad y menesterosidad humanas.

II. PERSPECTIVISMO, PUNTOS DE VISTA Y ESCEPTICISMO CONSTRUCTIVO O EL VALOR DE LA PRUDENCIA

Lo que para el siglo XVII fue la nueva ciencia ha devenido hoy el ideal de conocimiento. De otra manera, parece que es difícil disociar el conocimiento científico del conocimiento a secas. Habermas retrataba muy bien esta situación cuando en 1968 publicó *Conocimiento e interés*, donde la pregunta que se hacía era cómo se había disuelto la teoría del conocimiento en una teoría de la ciencia, es decir, reconstruir la prehistoria del positivismo

entendiendo que éste suponía renegar de toda reflexión. Para Habermas, esta crítica sólo era posible desde una crítica de la sociedad. Nuestro tiempo ha sido fecundo en diagnósticos sociales, no sólo la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, incluso antes, obras como *El malestar en la cultura*, de Sigmund Freud o *La rebelión de las masas*, de J. Ortega y Gasset. También debemos considerar las contribuciones de Lyotard, Bauman o Byung Chul Han. En cualquier caso, y en lo que atañe al problema del conocimiento, estas reflexiones han puesto de manifiesto no sólo una situación de incomodidad o malestar del hombre con su medio y, de manera explícita, con su medio social, sino que también han subrayado los aspectos constructivistas de todo conocimiento, algo que desde la bancada más absolutista no ha gustado, en tanto piensa que esas influencias de carácter constructivo son una manera de inventar la realidad. Un ejemplo sobresaliente de esta crítica la encontramos en la obra de P. Boghossian, *Miedo al conocimiento* (2006). En ella perfila un punto de vista absoluto sobre la realidad que podemos parafrasear de la siguiente manera: conocer es tener una representación de la realidad que no admite perspectiva alguna, es decir, una perspectiva absoluta. Podríamos pensar que una posible solución a la pandemia respaldaría esta misma concepción, pues se trataría de encontrar una solución a la enfermedad ya fuera en forma de vacuna, ya en forma de tratamiento antiviral. Con ello se cumpliría el *dictum* sellarsiano de que la ciencia es la medida de lo que es en tanto que es y de lo que no es en tanto que no es o, de otra manera, que la correcta imagen del mundo a la que uno debe atenerse es a la imagen científica. Obviamente, esto es una verdad a medias, no sólo porque la imagen científica del mundo sea una idealización, sino porque un aspecto esencial de la actividad científica es la discusión y la autocorrección. A pesar de la reserva sellarsiana, hay un aspecto que está más allá de esta concepción y que radica en el ejercicio de reflexión que supone la actividad científica por sí misma. Dicho de otra forma, no hay una manera científica de analizar las preferencias y los valores, el qué es una buena vida o un orden justo. Estos aspectos son objetos también del conocimiento, no del conocimiento científico, sino de la reflexión acerca de lo que en verdad importa. Con ello nos vemos obligados a una concepción un tanto diferente del propio conocimiento que no se reduce en modo alguno al trabajo científico.

La propuesta que Boghossian combate desde un presupuesto absolutista es el relativismo. La idea de que “Nuestras intuiciones nos dicen que las cosas tienen una manera de ser que es independiente de las opiniones humanas, que somos capaces de alcanzar creencias objetivamente razonables sobre cómo son las cosas y que estas creencias son vinculantes para todas aquellas personas capaces de apreciar (...) la evidencia correspondiente” (p. 179) contrasta con la idea de que todas nuestras creencias son relativas —faltaría decir a qué— y que por lo tanto todas valen lo mismo.

Hay una tercera vía que hace tanto justicia a la realidad como al hombre que la conoce: es lo que Ortega y Gasset denominó “perspectivismo” y que hoy podemos conceptualizarlo como una “teoría de los puntos de vista” (Liz, 2013; Vázquez & Liz 2015; Hautamäki, 2020). En líneas muy generales, puede decirse que los puntos de vista estructuran la realidad en un sentido dialéctico, es decir, los puntos de vista y la realidad sobre la que versan se estructuran de manera conjunta. De tal forma, un punto de vista no es una invención caprichosa, sino una forma de responder a la realidad que trata de hacerle justicia de alguna manera. Liz sostiene que el perspectivismo “rechaza la tesis relativista de que no hay ninguna manera estable en la cual las cosas sean en sí mismas. Y también rechaza la tesis absolutista de que las maneras de ser de las cosas con relación a un punto de vista sean reducibles a las maneras en las que las cosas son algo en sí mismas” (Liz, 2013, p. 53). El perspectivismo, lo mismo que el pragmatismo al que es afín, es meliorista y es profundamente humanista en el sentido de que responde a esa humildad socrática de la ignorancia consciente. Saber que nada se sabe no es lo mismo que renunciar a reflexionar sobre nuestros modos de aproximación a la realidad. Es esa la posibilidad de un escepticismo constructivo que cifra las elaboraciones teóricas humanas en una relación provisional con la realidad sabiendo que ésta tiene la última palabra, y que entiende como provisoria y revisable cualquier teoría, a la vez que sostiene la necesidad de que cualquier acción basada en el mejor conocimiento disponible debe ser una acción antes prudente que soberbia.

La prudencia y no el saber absoluto se impone como horizonte de este escepticismo constructivo que, lejos de un absolutismo epistémico, se contenta con la humana condición de un saber dado en escorzo. Es esta misma actitud la que puede bregar con la realidad si mantiene las reservas necesarias y no pretende sacrificar lo real en el altar de la utopía.

BIBLIOGRAFÍA

- Boghossian, P. (2018 [2006]), *El miedo al conocimiento*, Madrid: Alianza.
- Habermas, J. (1968)[1968]), *Conocimiento e interés*, Madrid: Taurus.
- Hautamäki, A. (2020), *Viewpoint Relativism*, Berlin: Springer.
- Liz, M. (2013), «Analizando la noción de puntos de vista», en Liz (ed.) *Puntos de vista. Una investigación filosófica*, Barcelona: Laertes.
- Vázquez, M., y M. Liz (eds.)(2015), *Temporal Points of View. Objective and Subjective Aspects*, Heidelberg: Springer.